

RAMIRO LEDESMA RAMOS **Antonio Macipe López**

Han transcurrido cerca de diez años desde que Ramiro Ledesma empezó a operar sobre nuestra vida nacional. Fue al comienzo de 1931. Tenía entonces veinticinco años.

En 1940, la generación actual —entiéndase bien—, las juventudes de hoy, al mirar nueve años atrás ven alzarse la figura de Ledesma Ramos con una altura muy superior a la de cuantos en aquella época danzaban en la política y en la prensa de cualquier sector o matiz que fuese.

No faltará quien juzgue excesiva esta valoración. Tampoco vamos a tratar de convencerle, porque, entre otras razones, es difícil ponerse de acuerdo cuando se miran las cosas desde distinto punto de vista. Seguramente habrá la misma diversidad de opiniones al interpretar nuestra época desde un punto de vista histórico.

Próximo está el paisaje que vamos a contemplar con mirada retrospectiva; mas a pesar de la proximidad es igualmente triste y sombrío el fondo sobre el que se destaca la figura del genial español.

Bien por culpa de las masas, bien por incapacidad de las minorías rectoras que presidieron el largo proceso del debilitamiento español, bien por lo que fuera, el caso es que en 1931 había llegado la vida política española, lo mismo que la cultural, la económica y la social, a tal grado de descomposición y de esterilidad que se hacía absolutamente indispensable descubrir una nueva arteria capaz de dar la vitalidad necesaria para que nuestro pueblo no dejase de tener al menos la personalidad de una nación enclavada según unas coordenadas precisas en el mundo. Hasta esto último, la silueta misma de la Patria, quedaba amenazada por los separatismos traidores.

Ninguna posibilidad había en las fuerzas actuantes. Por una parte, la dinastía Borbónica descendía del Trono español sin estrépito ni tragedia alguna. El desprendimiento no fue doloroso, porque tampoco su injerto llegó al vivo contacto con la savia íntima de España. La poda de una dinastía de origen ultrapirenaico, se presentó falsamente ante el pueblo como el derrumbamiento de una Monarquía española. Es lo cierto, sin embargo, que, si en el Trono hubieran estado una Reina de Castilla y el Rey nacido en un pueblo aragonés, habrían salido si acaso por la fuerza de las armas, pero nunca por la frívola y tornadiza voluntad de unas elecciones. Por otra parte, los partidos republicanos se aproximaban al Poder con tal impedimenta de palabrería e ideas trasnochadas que les incapacitaba para toda acción eficaz. Sus fuentes originales no andaban muy lejos de aquellas en que manó la caída dinastía. Desde luego, ninguna traía agua española, y por esto el ser mismo de la Patria era ajeno a la política derivada de cualquiera de ellas. Los políticos de más “prestigio” vivían en lo externo, sin ver más allá de unas próximas elecciones o de las urgencias de sus electores. Ni de esos políticos se podía esperar nada, ni de las formas por ellos sustentadas.

Era precisa, por tanto, una solución de continuidad en la vida de España. Se imponía un “puro y radical comienzo”. Este fue puesto en marcha por Ledesma al romper con toda esa cobarde y estéril palabrería, tomar su energía en los profundos núcleos de “lo español” y presentar a una generación dispuesta al sacrificio la perspectiva elemental y eterna de cumplir un destino. Ante el trance angustioso de España, trazó la línea firme en que él mismo se mantuvo hasta rubricar la voluntad primera con la vida y la sangre de sus treinta y un años. Penetró en la entraña de los problemas de su Patria y de su tiempo, elaboró la parte nuclear del doctrinal político y abrió con su actuación y su polémica toda una estrategia de combate. Tan decisiva fue su aportación que es imposible llegar a la raíz primera de nuestra Revolución Nacional —raíz más oculta por más profunda— sin conocer la actitud de Ledesma ante las diversas circunstancias y problemas planteados en su trayectoria política.

* * *

Dejemos para otras bien cortadas plumas el cuidado de presentar los aspectos biográfico, humano e intelectual. Arranquemos nosotros del recodo en que Ramiro decide abandonar las

tareas intelectuales de la Filosofía y de las Ciencias Físico-Matemáticas para entregarse a la activa vida de fundador, vida que había de ir para siempre “fatalmente ligada a su destino”.

No nos preocupa aquí desentrañar cómo se operó en su interior este viraje y por qué adoptó tan especial posición. Prescindamos de íntimas consideraciones y fijémonos tan sólo en el Ledesma entero, proyectándose con todo su vigor sobre nuestra marcha (1).

Advirtamos, sin embargo, que cuando Ledesma pasa de la esfera intelectual a la política no lo hace a la manera de los intelectuales de sus días: creyendo que el hecho de serlo le da títulos suficientes y aun sobresalientes para intervenir en la vida pública, lo que suele explotarse con éxito entre el pueblo español por la admiración que éste tiene hacia el hombre de ciencias o de letras.

Trasciende a las tareas políticas no en cuanto intelectual, sino en cuanto hombre de acción. Decide dejar “las elaboraciones ideales” para sumergirse en las “realidades del mundo” y “operar con el material humano tal y como es”. Sabe que “al intelectual se le escapa la actualidad y vive en perpetuo vaivén de futuro”. Conceptúa, en fin, la política, no como “una ciencia abstracta, que se nutra y sostenga de ideas generales, de simples y puros raciocinios”, sino como “un arte, una estrategia”.

Pudo Ramiro continuar en su esfera intelectual y desde ella hacer el diagnóstico sobre España, sobre las causas de la decadencia y sus remedios. Seguramente nos hubiera dado un gran libro. Pero aunque hubiera sido superior a cuantos con este tema llenan un capítulo de nuestra bibliografía, sus consecuencias no habrían tenido la trascendencia que han alcanzarlo al “sumergirse en las realidades del mundo”. (Teníamos ya la experiencia de un siglo de divagaciones sobre las causas de la decadencia española. Los remedios intelectuales habían sido tan perfectamente estériles como los cantos nostálgicos a las pasadas glorias del imperio español.) Por esto, tan importante o más que la parte teórica de su obra es la parte polémica, su actitud ante cada problema que en la vida diaria se presenta. Por esa actitud percibimos el profundo sentido que le orientaba. Es indispensable tener en cuenta ambas partes para la comprensión total del hombre político, pues, como dijo su maestro Ortega y Gasset, “el pensamiento político es sólo una dimensión de la política. La otra es la actuación”.

Notemos también el hecho de que la actuación del fundador de las J.O.N.S. no fue precisamente la que lógicamente se desprendía del ambiente cultural en que se formó: de la Universidad, de la “Revista de Occidente”, del Ateneo. En el primer número de “La Conquista del Estado” dedica un artículo al Ateneo de Madrid. Ya desde fuera da su adiós de despedida al que “ha perdido el contacto con los tiempos y vive una vida estelar junto a una galería de retratos familiares, creándose artificiosamente su universo y adorando los viejos mitos del viejo siglo”.

Esta elemental mirada sobre el ángulo decisivo de la vida de Ramiro nos es suficiente para situarnos en el principio de su trayectoria política.

* * *

Dos meses antes de proclamarse la República se difundió el “Manifiesto Político de la Conquista del Estado”, redactado en sus líneas fundamentales por Ledesma (2). Comienza su área fundacional invocando para “intervenir en la acción política de un modo intenso y eficaz” el solo título de poseer “una noble y tenacísima preocupación por las cuestiones vitales que afectan a su país”. Su conducta “nace de cara a las dificultades actuales” y representa “la voz de estos tiempos”. Pero en realidad Ledesma se levanta sobre el problema de su tiempo, y siente en primer lugar “la gran angustia de advertir cómo España —el Estado y el pueblo español— vive desde hace casi tres siglos en perpetua fuga de sí misma, desleal para con los peculiarísimos valores a ella adscritos, infiel a la realización de ellos y, por tanto, en autonegación suicida, de tal gravedad que la sitúa en las lindes mismas de la descomposición histórica”. Es la angustia de tres siglos la que siente Ledesma y, por tanto, la angustia de la Patria.

Esta altura histórica de una parte y aquel “dar cara a las dificultades actuales” de otra, proporcionan a Ledesma formidables perspectivas futuras sobre las que se aprestó a actuar “con el máximo coraje”.

He aquí la primera gran originalidad con que Ramiro se presentó dentro de la acción política española.

Se levanta huérfano y desnudo de toda doctrina o tendencia política. Pero con la seguridad de “servir al ser histórico de España”, porque para esto basta “con el mero hecho de querer y soñar para España una grandeza”. Ni siquiera necesita esforzarse en “buscar la verdadera tradición”, porque cuando se mueve con tan altos y nobles anhelos “la tradición está siempre vigente, presidiendo los forcejeos de cada día”.

La verdad es que la bandera levantada en marzo del 31 por aquel jovencuelo de veinticinco años, no solamente huérfano, sino enemigo de cuanto acontecía en España “por su infecundidad radical”, no era precisamente para emocionar a financieros y políticos, ni a las masas proletarias marxistizadas, ni a cualquier español que tuviese un dedo del viejo poso político. Solamente las juventudes, toda una nueva generación, podrían emprender emocionadas la marcha sobre esta nueva ruta.

Por esto su célebre discurso de mayo del 35 comienza con la verdad axiomática de “señalar firmemente a las actuales juventudes españolas como las únicas fuerzas creadoras y liberadoras de que la Patria dispone”.

Con la sobria y eficaz elocuencia de un gran capitán examina de “cerca el bagaje de las juventudes”, les “muestra su presente, la realidad sobre la que hoy están acampadas”, y por último, configura “el triunfal destino a que deben aspirar sus luchas”.

El 21 de marzo del 31 presiente la ingente tarea a realizar. Habla ya de preparar “falanges jóvenes”, “equipos militantes sin hipocresías frente al fusil y a la disciplina de guerra”. “A un lado, el español nuevo con la responsabilidad nueva. A otro, el español viejo con la vieja responsabilidad de sus plañidos y de sus lágrimas.” Para los primeros lanza su grito: ¡Españoles jóvenes: en pie de guerra! He aquí una separación exacta que más adelante destacaremos, por la importancia que tiene para la concepción clara de nuestro momento histórico.

Y a éstos jóvenes “en pie de guerra”, antes de emprender la marcha no les habla de frías teorías económicas ni de la doctrina que con su vigorosa lógica había de crear. Él mismo, tan ajeno siempre a lirismos estériles, siente entonces el estremecimiento augural de quien se encuentra en un grande y decisivo instante. Pero esto no es un lirismo estéril. Sólo se le ocurre comparar su momento —que fue real— con aquel de Unamuno —que fue imaginado— en que éste gritara su cruzada para rescatar el sepulcro de Don Quijote. “Unamuno en 1908 soñaba tareas geniales para el pueblo hispano. No han acontecido aún” ... “Hoy nosotros, falanges jóvenes, desprovistos de literatura y de cara a la acción y a la eficacia política, vamos a recogerlo en sus mismas fuentes.”

Revive los párrafos más vibrantes del célebre prólogo y Ramiro mismo convierte en norma de conducta aquel consejo del profesor salmantino: “Y, ante todo, cúrate de una afección terrible que, por mucho que te la sacudas, vuelve a ti con terquedad de mosca: cúrate de la afección de preocuparte cómo aparezcas a los demás.”

“Esto último, sobre todo —comentaba Ramiro—, para el ambiente español enrarecido es de una oportunidad magnífica. Aquí, cuando brota algo nuevo, aunque proceda del centro mismo vital de las gentes, se le ahoga en el ridículo. Se le combate con el ridículo. Pero, ¡ah, viejos peces contumaces!, las falanges jóvenes de la Conquista del Estado vienen inmunizadas para el ridículo. Con careta eficaz y resistente.”

Ni el chistecito de llamarles “los de la conquista del establo”, ni los irónicos comentarios sobre las extravagancias de Ramiro, impiden que la personalidad de éste adquiera perspectivas de valoración indiscutible, mientras que a los figurones gubernamentales de entonces, lo mismo que a los de la oposición, apenas si se recuerda como tristes sombras, muertas unas y errantes otras por un mundo que les es ajeno.

Con este clarinazo saluda Ramiro la madrugada del 21 de marzo del 31: “en los minutos tremendos que anteceden a todo ponerse en marcha hacia algo que requiere amplio coraje”.

* * *

Nuestro pensamiento se encuentra ahora ante los comienzos del itinerario que fue entonces personal, abierto por la voluntad y la inteligencia de un solo hombre. Éste, al frente de su quijotesca minoría, no tenía ante sí ni siquiera un enemigo concreto.

Tan sólo el guirigay armado por monárquicos y republicanos, creyendo ingenuamente que de su decisión saldrían resultados definitivos en uno u otro sentido.

Frente a esta división, Ramiro exclama con grito de pasquín: “Nada nos importa la Monarquía ni nada nos interesa la República. ¡Cosas de leguleyos y de ancianos!” Y así pasan los de “La Conquista del Estado” por encima de este pleito sin gastar energías juveniles en cosas de poca monta.

¡Qué magnífica fue la actitud de Ramiro cuando el 28 de marzo plantea la lucha en términos absolutamente distintos! Debe ser “la pugna de la España de los jóvenes con la España de los viejos” ... “No más mitos fracasados! España se salvará por el esfuerzo joven.”

El 11 de abril muchos pechos más femeninos que varoniles entraban en congojas y agonías casi ateas ante el próximo triunfo de una rencorosa alegría que, por otra parte, iba siendo comprendida alegremente también por muchos españoles.

Incomprendido y absolutamente solo debía estar aquel español que ante la fecha republicana escribía: “Asistimos sonrientes a la inútil pugna electoral. Queremos cosas muy distintas a esas que se ventilan en las urnas: farsa de señoritos monárquicos y republicanos. Contra cualquiera de los bandos que triunfe lucharemos. Hoy nos persigue la Monarquía con detenciones y denuncias. Mañana nos perseguirá igualmente el imbécil Estado republicano que se prepara”.

Proclamada la República, Ledesma declaraba: “Han variado las circunstancias el contorno que nos rodeaba. Nosotros seguimos igual que en la hora de nuestra salida. Nacimos para promover en la vida española un linaje de actuaciones de muy diferente sentido a las que simboliza y representa un mero cambio de forma de gobierno” ... “No podemos vincular nuestro programa al de los grupos republicanos triunfantes.”

No se preocupó más Ramiro de la cuestión monárquica o republicana. Seguramente porque apenas le dio importancia. Pero el himno jonsista era lo suficientemente expresivo en una de sus estrofas:

*“No más reyes de estirpe extranjera
ni más hombres sin pan que comer.”*

He aquí una vez más la presencia actualísima del jonsismo inicial dictando sentencia definitiva desde su altura histórica —su tradición— situada, desde luego, más allá del 1700.

* * *

La dimensión nacional, señalada antes como postulado fundamental sobre el que edificó Ledesma su obra, es además el eje central alrededor del que gira todo su pensamiento y el más firme apoyo de sus actuaciones concretas. Surge en él la idea nacional repentina, casi instintivamente. Habla de “volver a los sentimientos elementales que mantienen en tensa plenitud los ánimos”.

Es de gran importancia notar que los gritos con que nos llama a la unidad nacional son gritos de horror ante el peligro, de angustia ante la proximidad de la catástrofe. No son gritos de alegría ante una bella empresa, ante una tarea en lo universal como lo fueran aquellos que estremecían al español del 500. Por esto sospechamos que cuando el filósofo venidero intente completar las explicaciones que Ortega diera de la dinámica de España como nación, al contemplar la perspectiva de nuestro tiempo desde su vértice propio, dirá seguramente que esta vez se afirmó la unidad nacional, más que por el común deseo de realizar empresas universales, por el miedo y por la reacción violenta de los españoles ante una probable descomposición histórica de España y aun quizá geográfica.

Por el momento ésta es la realidad. No nos engañemos, camaradas, con bellas fantasías, ni con lírica palabrería. Esta es la verdad, la elemental verdad de nuestra unidad, la indispensable y primera para alcanzar plenamente nuestra dimensión nacional, y sobre la única, por tanto, que podemos edificar con solidez. Por lo peligrosas e ineficaces que son, habrá que ir haciendo callar a esas gentes que levantan castillos en el aire y manosean de ordinario conceptos tan elevados como ese del Imperio con la misma frivolidad que un perrito faldero. Son, casi siempre, gentes tan ajenas a las angustias y a los anhelos de la Patria y del pueblo como aquellas otras que se crean su burguesito destino “pequeñito y solo”.

Lejos de expresar esta oposición a las empresas de alto rango, significa nuestro firme deseo de alcanzar su realización. Pero la guerra nos ha enseñado que para clavar la bandera en las cumbres y para llegar al corazón de las grandes ciudades, es preciso conquistar muchas cotas, atravesar vaguadas bien batidas por el fuego enemigo, asaltar fortísimas trincheras y sólo después de mucho combatir se nos da el triunfo decisivo.

Ledesma no duda de que “vuelve para nosotros la coyuntiva histórica más ambiciosa y gigantesca”. Lo cual no le deslumbra ni le impide ver la realidad, la calidad y la cantidad de las fuerzas actuales y los objetos primeros que, si no son de trascendental categoría histórica, son, en cambio, indispensables para toda estrategia de alta envergadura.

En lucha por el primer objetivo, el de la unidad nacional, es por el que la social democracia impuso a Ramiro su primer encarcelamiento (3).

“El problema actual de la unidad —escribía Ramiro en mayo del 35— requiere una solución voluntariosa, es decir, la imposición de una voluntad firme, expresada y cumplida por quienes conquistan el derecho a conseguir la permanencia histórica de España.” Nuestra guerra ha significado principalmente esa “solución voluntariosa”, esa “imposición de una voluntad firme”, único medio para reconstruir la unidad. Y al frente de nuestro primer triunfo, Franco, el mejor soldado, debía ser el ejecutor de lo previsto y ansiado por Ledesma.

La guerra, por tanto, nos ha dado la posesión de este primer objetivo: la unidad. “El andamiaje seguro sobre el que podamos disponernos a edificar en serio” *algo*.

Pero, antes de orientar nuestras luchas a la conquista de nuevos objetivos, es preciso reafirmar la unidad mediante una *moral nacional*, “una moral del español que no obliga a quien no lo sea”. Es la moral que “nutre la existencia de las grandes Patrias”. No se trata de la moral ciudadana, ni de la moral católica. Que los suspicaces no vengan con triquiñuelas ni argumentando sobre inexistentes ataques o heterodoxias cuando se pretende únicamente perfilar con exactitud estos conceptos de “lo nacional”. He aquí la claridad meridiana con que el fundador de las J.O.N.S., cuya ortodoxia nacional es de pureza indiscutible, deslinda estas cosas: “La moral nacional, la idea nacional como deber, ni equivale a la moral religiosa, ni es contraria a ella. Es simplemente distinta, y alcanza a todos los españoles por el simple hecho de serlo, no por otra cosa que además sean”. La moral nacional se refiere a una “conservación y engrandecimiento de lo español”, no simplemente de “lo humano”.

Fue en el rígido servicio a esa moral nacional —su senequista eje diamantino— por el que Ramiro persistió con tenacidad magnífica frente a las adversas circunstancias.

Si la idea nacional cala profundamente en el espíritu de los españoles, nuestra política tendrá tal orientación y altura que no podrá ser torpedeada por las ambiciones de radio egoísta, seremos capaces de los mayores sacrificios y podremos plantearnos y atrevemos con los grandes problemas que España debe resolver si quiere destacar en la Historia Universal.

Es indudable que nuestro pueblo posee la originalidad propia de los pueblos que han aportado algo decisivo al mundo. Aún hoy, a pesar de nuestra pobreza, se nos admira y se nos reconoce como nación con la que hay que contar. Sin embargo, es frecuente en nuestro pasado que la moral nacional quede aletargada, enquistada, aislada, sin que influya para nada en los acontecimientos diarios. Se cae en formas de vida mezquinas y cobardes, ausentes de toda preocupación histórica. Sólo algunas explosiones violentas nos dicen que la idea nacional tiene una vida latente. Es el caso de 1808. Fue uno de esos singulares sacrificios de los pueblos que justifican su existencia. Mas a la victoria de la independencia sucede una derrota sin lucha a lo largo de todo un siglo. “Los llamados espadones del siglo XIX —decía Ramiro— fueron lo único de valor político que produjo esa centuria española.”

Para evitar la caída en la esterilidad, para asegurar la presencia de la Patria en los individuos y la continuidad nacional en la historia es indispensable “poner en circulación una moral nacional entre los españoles”. “Ella es —según Ramiro— el basamento de nuestra acción y lo único, en realidad, que distingue nuestras milicias de las simples bandas armadas que otros puedan crear.”

La generación de la guerra, forjada en un inmenso sacrificio por España, posee el culto a ese viejo valor, el culto a la Patria, casi anulado en generaciones anteriores. Anulado en gran parte porque el ambiente universal en que vivieron era de servicio a valores individuales y por tanto de olvido ante los que significaban algo más que sus intereses particulares. Esta distinta apreciación de los diversos valores humanos no puede modificarse con unas cuantas consignas lanzadas al aire. Afecta a la misma medula de las generaciones. Y, por muy buena voluntad que se posea, el subconsciente de la formación anterior fluirá espontáneo en los actos de cada día. He aquí la hondura de aquel tajante punto diecisiete del programa jonsista: “Que los mandos políticos de más alta responsabilidad sean confiados, de modo preferente, a las juventudes de la Patria, es decir, a los españoles menores de cuarenta y cinco años”.

Pero las juventudes hemos de tener muy presente que el culto a la Patria, la dimensión nacional, no es algo que se nos haya dado graciosamente a nuestra generación, algo absolutamente ingénito que nos acompañará mientras vivamos. No. Como todo culto, como todo amor, como toda conquista, corre siempre el riesgo de perderse. Y no precisamente porque nos la vaya a quitar el enemigo vencido en la guerra, el marxismo por ejemplo, sino por algo más terrible: porque se nos muera en nuestros propios brazos. El amor a la Patria no se mantiene encendido sólo con literatura y poesía. Necesita realidades materiales que le entusiasmen. La Patria misma desaparece para nosotros si no hay un quehacer y un destino. Es la política, la gran política quien tiene el deber y la responsabilidad de concretar esas acciones, esas tareas para las que tan bien dispuestos se encuentran los soldados rasos.

Conviene insistir, finalmente, en que la dimensión nacional no es mero accidente del que se puede prescindir y sin el que viviríamos con una preocupación menos. La dimensión nacional no puede ser ajena a quien se tenga por hombre completo. “Sin ella, la sabiduría es pedantería, la riqueza es latrocinio, la justicia es farsa y la milicia es aventurismo puro.”

* * *

Solamente cuando estemos dotados de “lo nacional” podremos tener la seguridad de que los medios adoptados para resolver las dificultades perentorias son precisamente las justas. Desde el primer objetivo se tiene casi dominado el segundo, el de “lo social”. El elástico concepto de la justicia social queda así perfectamente delimitado. Ledesma afirmaba con exactitud de teorema que “sin lo nacional no hay justicia social posible. Sin satisfacción social en las masas, la Patria seguirá encogida”.

El hallazgo más profundo del Nacionalsindicalismo radica precisamente en descubrir la íntima relación entre “lo nacional” y “lo social”. Y más que en descubrir, en hacerlo norma de su actuación. “No a un lado un nacionalismo para la Patria —escribía Ramiro— y a otro un sindicalismo para el pueblo, sino un nacionalsindicalismo para el Pueblo español y la Patria española juntos.” Lo nacional nos impedirá en caer en la estrechez mental del marxismo cuando abordemos los problemas económicos y sociales, al mismo tiempo que nos dará empuje y valor para realizar las más audaces reformas en beneficio de “todo el pueblo”, aunque perjudiquen intereses individuales.

No apuntan estos juicios y esta preocupación por las masas hacia el mero éxito de conseguir el vocinglero y populachero aplauso a base de “panem et circense”. Es más, sólo un ciego mental puede dejar de ver que en nuestra época el valor de “lo proletario” —al modo marxista— como factor principal para la realización de revoluciones, ha sido desplazado por la vitalidad del valor “juventud” y de lo que éste aporta. En nuestra guerra se ha desmoronado el falso mito de lo proletario como agrupación numérica exclusivamente, sin idea nacional alguna, y han triunfado en cambio los jóvenes revolucionarios con Patria.

Pues bien, el fundador de las J.O.N.S., cuyo pensamiento y acción fueron alumbrados por estas claras ideas, no duda en afirmar que “en nuestra época son las masas los instrumentos únicos de grandeza nacional”. Quizá porque la urgencia del combate no permitía reflexiones tranquilas, apenas si se entretuvo Ramiro en demostrar esta afirmación tan importante y fecunda para conducir al éxito nuestra acción política. Quedó así con el duro perfil de los riscos y montañas al ser recortados por los primeros resplandores del amanecer, pero sin darnos los detalles que más tarde percibimos por la luz del pleno día.

Sin embargo, no dejó de señalar las características esenciales del concepto “masas” desde el punto de vista político que a él le interesaba. “Tiene que haber operado en su formación una conciencia colectiva, de expresión más fuerte que la conciencia individual de quienes la forman. Las masas son homogéneas y se es elemento de ellas en tanto se posea precisamente engarce esencial con “los otros”, en tanto se reúnan y se subordina su propio ser al ser colectivo que las informa. Las masas son totalitarias, exclusivistas, es decir, poseen conciencia de ser una unidad cabal, completa y cerrada. Las masas tienen un rango absolutamente ajeno en el fondo a su cuantía numérica, a los pocos o muchos individuos que las constituyan.”

El concepto “masas” aparece en el área social-política a mediados del pasado siglo. Es el marxismo el que las dota de esa “conciencia colectiva”. Pero las masas marxistas son más bien “suma de individuos” acuciados por la angustia económica en que fueron situados por el sistema liberal-capitalista. La conciencia clasista que el marxismo les infunde y los básicos errores de éste conducen a las masas al inevitable fracaso ante la imposibilidad de alcanzar las metas señaladas por aquél. Son las masas juveniles, disciplinadas en el servicio a permanentes valores inestimados por el marxismo y por el capitalismo las que, superando las luchas clasistas, han comenzado ya a forjar un interesante capítulo de la historia.

Las juventudes no son ajenas tampoco a las angustias económicas. Por la encarnación de esa angustia y por tener el absoluto convencimiento de que únicamente la Patria es nuestra “bandera liberadora”, no dudamos de la adhesión del proletariado español a la Revolución Nacional.

En la conciencia de cada español, y sobre todo en la de aquellos que ocupan puestos rectores debe estar presente esta inolvidable advertencia de Ramiro: “las juventudes no pueden eludir esta cuestión ni hacer retórica nacionalista sin abordar el problema social-económico que hace hoy de nosotros un pueblo casi colonial y esclavizado. Actitud distinta sería demasiado grotesca, a más de imposible, y radicalmente estéril”.

El hecho de que en las luchas contra “el imperialismo económico extranjero, por la industrialización nacional, por la justicia en los campos, contra el parasitismo de los grandes rentistas, etc., la posición que conviene a los trabajadores es la posición misma del interés nacional” nos abre el camino de manera optimista para resolver ese problema social-económico. Nos abre el camino, mas en cuanto se intente recorrerlo, aparecerán los obstáculos que dificultarán nuestra marcha. Aparecerán las “audaces minorías” enriquecidas a costa de la “debilidad nacional” y de las “anomalías y deficiencias sobre que está asentada nuestra organización económica entera”; minorías a las que no faltarán representantes que defiendan su posición con elocuentes discursos. Y aquí bueno será recordar lo de Unamuno: “Si tratas de razonar frente a sus razones estás perdido”. Aparecerá la rémora que opone todo sistema a ser sustituido por otro; aparecerán los que tienen por único ideal el “enriquecimiento progresivo” y hasta los poderes económicos extranjeros que nos fueron traidores durante la guerra pretenderán volver a dirigir y controlar “nuestra producción y nuestro comercio exterior”.

Pero todos estos obstáculos son pequeños para que no puedan ser vencidos por las juventudes, que impusieron su voluntad de sangre por los cerros y las llanuras de España. Basta para ello inteligencia, serenidad y firme voluntad en la ejecución.

Venimos insistiendo casi con machacona pesadez en el doble impulso con que se movió Ledesma: de una parte, la urgencia y la angustia del momento; de otra, el hondo sentido nacional. Ante la cuestión económica no le preocupa tan solo la miseria de las masas, sino también la consideración de que “una economía es algo que no agota su sentido al producir riqueza a unos individuos o a unas clases. Son los suyos fines nacionales, que afectan a la

existencia nacional en su más honda base". De aquí el derecho y el deber del Estado de intervenir "en nombre de unos fines nacionales, acudiendo a la primera raíz que suponen las coincidencias que han dado origen y vida nacional a una Patria". Pero esa intervención afectará a "los factores de la producción —no a la producción como tal— y del consumo".

Bajo el título de "Nacionalismo social y socialismo nacionalista" en el Discurso a las juventudes de España, condensó Ramiro su pensamiento en unos cuantos párrafos que, sin pretensión de constituir una exposición completa del problema, sienta las premisas en que podrán basarse una transformación de nuestra vida económica, realizada por un "Poder político surgido de las luchas que la nación misma realice en pos de su liberación y de su grandeza histórica" y "por las instituciones emanadas de la revolución nacional". De ninguna forma podría ser realizada esta transformación por el Estado demoburgués. Remitimos al lector al mencionado capítulo, cuya lectura le será desde luego más útil que el mejor comentario.

* * *

Cuando Ledesma levantó la mirada más allá de los conflictos interiores y la fijó en la situación internacional de la España de sus días, se expresó con la angustia del español que se siente prisionero dentro de su propia Patria. "España ha sido combatida, cercada, del modo más artero. Hábilmente sus adversarios han procurado siempre no hacerse en exceso visibles, es decir, han evitado proyectar sobre los españoles una continua zozobra y peligro." Y es muy lamentable la indiferencia con que muchos españoles contemplan al adversario que, además de estar en las mismas puertas, se ha colado dentro de casa por la vía industrial o comercial.

Bien claro y dramático es el caso de España: "el de un país que después de una gran derrota no ha podido aún rehacerse y recobrar de hecho su libertad internacional. Un país al que le han garantizado la vida sus enemigos, a costa, sin embargo, de que siga caído, pobre y débil".

Sí. España tiene su enemigo actual. "Es precisamente su enemigo histórico, el que con la mayor frialdad, con el más glacial gesto, ha ido día a día desarticulando nuestro Imperio y poniéndonos después la tenaza de la estrechez nacional, la obligación de permanecer estacionados y anclados." Ese enemigo es, principalmente, Inglaterra, y Francia "ha hecho dúo" en la tarea.

Podríamos repetir una frase que se ha dicho estos días a propósito del Mediterráneo: las cárceles también se abren desde dentro. Pero es preferible no hacer más frases ni discursos, porque con éstos no se arrancan las rejas de la prisión.

Aparte de que el mismo Ramiro no creía que "la política internacional deba estar exclusivamente guiada y orientada por resentimientos seculares". Mas en nuestro caso un plan de política internacional tendrá que empezar a operar por esa verdad elemental, por esa "terrible verdad histórica".

La causa de la debilidad internacional estaba, naturalmente, en la política interior. La serie de intereses que las potencias europeas tenían o pretendían en el Mediterráneo y norte de África formaron sobre España un tejer y destejer a cuyo ritmo se movían los políticos según motivos circunstanciales ligados a sus respectivos partidos. Las aspiraciones y las amistades eran siempre del momento. Los acuerdos internacionales fracasaron muchas veces por la fugacidad en el poder de los partidos en pugna. Y cuando se llegaban a firmar, era precisamente para que España aceptara resignadamente alguna nueva reclusión.

No se nos tenía en cuenta sino para encubrir intereses de las potencias rivales. Ahí tenemos el caso bien elocuente de Marruecos. En la formulación diplomática se nos entregó más por ciertas conveniencias de Inglaterra que porque los intereses y posibilidades de España así lo exigieran.

Ahora bien, una vez que los duros mazazos de la guerra han dado al traste con la política interior que motivaba nuestra debilidad es llegado el momento de que los hechos contesten con su elocuencia a esta seria pregunta de Ledesma: "¿Qué rutas internacionales seguiría hoy una Revolución triunfadora?" ... "Las perspectivas internacionales resultarían infinitas." Y

aquí viene la rotura de cadenas seculares: “Se atrevería a todo y podría atreverse a todo. A recuperar Gibraltar. A unir en un solo destino a la Península entera, unificados (ahí sí que cabe que se ingenien los partidarios de estatutos, federaciones y autonomías) con el gran pueblo portugués. A trazar una línea amplísima de expansión africana... A realizar una aproximación política, económica y cultural con todo el gran bloque de nuestra América. A suponer para España misma la posibilidad de un orden continental, firme y justo”.

España ha de estar alerta a los acontecimientos europeos. Y si en la coyuntura precisa tiene decisión y arrojo, quizá los días libertadores que tanto ansían las juventudes de la guerra no están muy lejanos. Pero estemos también avisados: *La libertad y las conquistas se adquieren en la Historia al precio de la sangre.*

Tener la libertad no es todo. Ramiro no se deja llevar de la fantasía. “España —escribe en la primavera del 35— tendrá que esperar a poseer política internacional todavía algún tiempo. Mientras tanto, puede tener una sola: la de no encallar gravemente en el piélago de Europa y la de no acompañar a la catástrofe a potencias de destino muy dudoso.”

Tener una política internacional es tener una voluntad, un rumbo autodeterminado, unos planes bien meditados. Es poder servirse de las circunstancias y no ser juguete de ellas. Es, en fin, lo que sólo podremos tener si valientemente conquistamos nuestro derecho a la *libertad* de España. A la libertad sobre todo lo que antes señaló Ramiro y sobre otros imponderables de nombre inconcreto.

* * *

Hemos comentado algunos importantes aspectos de la fecunda vida política de Ledesma. El sometimiento a la estrecha dimensión que todo prólogo supone nos impide ocuparnos de otros aspectos llenos de palpitante actualidad.

Ahí queda una vida joven, caída en la encrucijada en el páramo de nuestra más viva historia. Pasarán los tiempos y pasarán los argumentos teóricos de los que Ledesma se sirvió como medios auxiliares, como saetas combativas para abrirse paso entre el enemigo. Pero su personalidad más íntima, su “mística entrega”, su generosidad de héroe, su angustiosa y trágica existencia, emocionarán siempre a todo el que se acerque con algo de comprensión, porque su latido pertenece al pulso de España.

No quiso resignarse a seguir el curso fatalista y decadente por donde venían deslizándose unas cuantas generaciones españolas. Dio su negación rotunda a la decadencia. Su voluntad rompió con la inercia de dos siglos. Y a la cabeza de un grupo de jóvenes, rasgó el primer velo de una nueva etapa histórica.

Capitaneando la marcha inicial, bajo el símbolo imperial de las flechas yugadas, tremolando la bandera roja y negra de revolucionarios actuales y con la emoción de alcanzar las metas señaladas por las grandes consignas, se fue ensanchando la ruta por la vitalidad que ella misma contenía.

Esta ruta, iniciada en 1931, es lo más importante de nuestra etapa histórica. Los acontecimientos anteriores al 18 de julio de 1936, la caída de la Monarquía, la proclamación de la República con todas sus peripecias, las oscilaciones de la izquierda a la derecha, etc., constituyen algo secundario para nosotros, son las últimas convulsiones de otra etapa moribunda.

Cuando hoy volvemos la vista para contemplar su figura desde nuestro ángulo de simples combatientes, no quedamos dominados por la nostalgia, porque su perfil se recorta en lo alto con la vista tendida hacia adelante, haciéndonos entrega de esta esperanza: “Quizá la voz de España, la presencia de España, cuando se efectúe y logre de un modo pleno, dé a la realidad transmutadora su sentido más perfecto y fértil, las formas que la claven genialmente en las páginas de la Historia Universal”.

¡Tremenda esperanza, pero tremenda responsabilidad también recaída sobre nosotros! ¿No sentís, camaradas supervivientes, el deseo de hacer esa esperanza voluntad y carne nuestra? ¿No anheláis, como las flechas, salir disparados hacia lejanas metas? Porque si las flechas se quedan inmóviles el polvo las cubrirá y la terrible losa de los siglos las enterrará quien sabe si para siempre. Y si nosotros nos paramos, peor todavía, porque nos

devoraríamos unos a otros como lobos y España se convertiría en una despreciable charca podrida.

Queremos la acción. La gran poesía de la acción, que es la poesía que construye. ¡Cuidado, camaradas, con esa otra poesía, la de los poetas! Cuyo peligro ya señaló Ramiro ante el temor de que todo se resolviese en “un romanticismo literario”.

Cuidado también con el peligro opuesto, el de que al adoptar la acción como norma, nos desorbitemos hasta caer en “un anarquismo inerme”. Anarquismo que si afecta a las conciencias, es más peligroso que si se manifiesta a pistoletazos por las esquinas. Este puede suprimirse desde la Dirección General de Seguridad; pero aquel otro, sólo podremos impedirlo si persiste en nosotros la “conciencia mesiánica” de las primeras juventudes, con el espíritu del fundador de las J.O.N.S.

Madrid, marzo de 1940.

Notas:

(1) Algunos camaradas han tratado de interpretar ciertos aspectos de la vida íntima de Ramiro, de sus crisis principalmente. Claro que no con ánimo de disección, ni de frío psicoanálisis, sino con el cariño y la estimación hacia quien es algo vivo para nosotros. Así, en opinión de Aparicio, que vivió junto a Ramiro la vida política, las tareas universitarias fueron sólo “un sedante contemplativo y un acicate intelectual a sus turbulentas desazones de político en paro forzoso”. Pero Emiliano Aguado, que fue también compañero de Ledesma en los anhelos por comprender la filosofía de Kant, de Hegel o de Heidegger, nos descubre en su magnífico libro *Ramiro Ledesma en la crisis de España* la gran pasión con que se afanaba en el mundo de la cultura. Aguado nos hace notar también cómo pervive el intelectual en Ramiro hasta en su más agitada etapa política, si bien esa actitud se oculta sobre todo en los escritos de la revista *JONS*, bajo el velo del seudónimo, el de Roberto Lanzas. Es el intelectual quien reflexiona entonces sobre la violencia política, quien examina la ruta seguida, quien medita las características peculiares de nuestra época, etc. Hay, por tanto, un “ensimismamiento” en Ramiro antes de entregarse a la acción. No menos precedida de meditación fue la obra de José Antonio Primo de Rivera. Y a propósito de la lectura de un reciente librito de Ortega y Gasset, nos conducen estas consideraciones a pedirle al maestro del ensimismamiento un poco de comprensión cuando discurre desde la tranquila orilla del Plata sobre los estremecimientos de esta Europa cuyas angustias dolorosas ha sufrido y está sufriendo España. Un poco de comprensión, sobre todo, para los que, como Ramiro y José Antonio, no se movieron por una mera “alteración”, sino que hasta el más grave gesto de la vida, el gesto ante la muerte, fue sentido y aceptado con la conciencia y la decisión de los que obedecen a eternas e inapreciables razones, más firmes desde luego que la filosofía del siglo.

(2) Los firmantes de este Manifiesto fueron: Ramiro Ledesma, como Presidente; Juan Aparicio López, como Secretario; Ernesto Giménez Caballero, Ricardo de Jaspe, Manuel Souto Vilas, Antonio Bermúdez Cañete, Francisco Mateos González, Alejandro M. Raimúndez, Ramón Iglesias Parga, Antonio Riaño Lanzarote y Roberto Escribano Ortega.

(3) El día 11 de julio de 1931 fue detenido y conducido a la Dirección General de Seguridad, desde donde se le llevó en la madrugada siguiente a la Cárcel Modelo. Ante la noticia de que los diputados separatistas catalanes preparaban un espectacular viaje a Madrid, el grupo de *La Conquista del Estado*, que venía sosteniendo una intransigente campaña contra el separatismo, se propuso realizar varios actos como respuesta a los desdichados viajeros y como culminación de su campaña antiseparatista. Para ello prepararon petardos que debían estallar en la estación a la llegada de los catalanes; redactaron vibrantes pasquines contra el separatismo, distribuyéndolos por las calles de Madrid; excitaban al pueblo a manifestarse violentamente, etc., etc. Enterado Galarza de lo que se preparaba por confidencia del regente de la imprenta donde se tiraba *La Conquista del Estado*, ordenó la detención de Ledesma.

Sin embargo, en previsión de lo que pudiera suceder, decidieron los separatistas entrar en Madrid sin expectación y más bien como pacíficos ciudadanos.

[Este prólogo, que en el original carece de título, antecede a la edición del volumen titulado, Ramiro Ledesma Ramos (Antología), editado por primera vez en Barcelona, por Ediciones FE, en 1940, e impreso en Gráficas Ramón Sopena, S.A.]

>ARCHIVO ALOJADO EN LA PÁGINA WEB «NUESTRA REVOLUCIÓN»
>SECCIÓN SOBRE RAMIRO
>DOCUMENTO N. 32